

WAGNERIANA CASTELLANA Nº 82 AÑO 2012

TEMA 1: VIDA DE WAGNER. BIOGRAFIA. ANÉCDOTAS

TITULO: **RICHARD WAGNER Y BAYREUTH**

AUTOR: *Berthold Kellermann (*)*

Richard Wagner era un hombre que dependía absolutamente de sus diferentes estados de ánimo. Todo cuanto estaba en tren de escribir o componer reflejábese en su vida cotidiana. Cuando se enfrentaba a los grandes conflictos de los dramas musicales, todo lo que le rodeaba era objeto de disgustos y peleas. Cuando, por el contrario, escribía algo hermoso y poético, se convertía en una persona encantadora y maravillosamente amable. En la época en que creaba su "Parsifal", llegó a ser hasta religioso y, contra su costumbre, frecuentaba la iglesia. No me cabe duda de que estaría en un estado de ánimo diametralmente opuesto al crear el Tannhäuser.

Su arte era para él lo más elevado e importante del mundo; todo lo demás debía someterse. Tenía la íntima y, desde luego, justificada convicción de que estaba llamado a cumplir una gran misión en el arte. Por este motivo, a menudo se criticaba su arrogancia, su falta de consideración rayana en la brutalidad, sus instintos tiránicos; pero los que tal hacían eran personas incapaces de comprender la genialidad del artista.

Wagner era muy ingenuo en cuestiones de dinero, y de ahí que con frecuencia surgieran disgustos cuando alguno se veía obligado a oponerse a un deseo del maestro por motivos prácticos o económicos. En tales casos, Wagner estaba de antemano convencido de que sólo se trataba de mala voluntad. Así se explica, en gran parte el fracaso con que finalizó su temporada en Múnich, en diciembre de 1865. Cualquier persona que tuviese el atrevimiento de oponerse a sus proyectos artísticos era considerada un enemigo personal. Jamás trataba de averiguar si eran o no justificadas las razones en que se basaba la actitud de los demás. Cuando Bismarck se resistió a presentar un proyecto de subvención del Estado para Bayreuth en vista de que tal proyecto no iba a lograr la sanción del Congreso, Wagner

Associació Wagneriana. Apartat postal 1159. Barcelona 08080
[Http://www.associaciowagneriana.com](http://www.associaciowagneriana.com) info@associaciowagneriana.com

estaba convencido de que se trataba de mala voluntad por parte del Kanzler, a quien juzgó de la siguiente forma: "Seguramente Bismarck no será mal político, pero en todo caso no es un gran hombre, puesto que no comprende la significación de Bayreuth".

En 1876, Liszt me preguntó un día: "¿Me acompañas a Bayreuth?" Contesté: "Mucho me gustaría hacerlo, pero no sé si será posible. Si bien es cierto que me hice miembro del Patronato, no pude pagar más que una vez la cuota anual de cien marcos, de manera que me habrían dado de baja. Las entradas sueltas para cada función por separado resultan demasiado caras".

Entonces repuso Liszt: "Ven conmigo. Yo me encargaré de las entradas", y fui con él a Bayreuth para asistir al estreno de los Nibelungos. Pero al llegar allí, resultó que no quedaba una sola entrada para el primer ciclo, y ni siquiera Liszt me la pudo conseguir, cosa que le disgustó mucho. La estada no tenía atractivos; la pequeña ciudad estaba repleta de forasteros; resultaban insuficientes las escasas medidas tomadas para darles albergue a los visitantes, y la comida en los restaurantes era mala.

En aquel entonces no tuve oportunidad de ponerme en contacto directo con Wagner, pero sí le fui presentado por Liszt y estuve muy contento de poderle prestar numerosos pequeños servicios relacionados con las representaciones. Entre otras cosas, ayudé a recibir la cabeza del dragón en la estación del ferrocarril, la cual llegó en el último momento, es decir, cuando ya había empezado la representación de Sigfrido. Con el mayor apuro hicimos transportar la cabeza al teatro. Llegó aún a tiempo para poder agregársela al cuerpo del monstruo legendario; pero, cuando éste salió de la gruta para entrar en escena, se descubrió que la cabeza estaba colocada con las fauces hacia arriba. Sin embargo, el detalle no provocó protestas por parte del público; una prueba más del increíble entusiasmo con que fue aceptada la obra.

En el Oro del Rhin fui yo el encargado de empujar el carro con el pedestal para Lilli Lehmann, la primera de las hijas del Rhin. Al mirar hacia arriba para regocijarme con los juegos graciosos de las mismas, Lilli Lehmann se quejó de mi actitud, exigiéndome que mirara fijamente al carro y no a ella.

Associació Wagneriana. Apartat postal 1159. Barcelona 08080
[Http://www.associaciowagneriana.com](http://www.associaciowagneriana.com) info@associaciowagneriana.com

En la Walkiria, un bombero de uniforme se presentó con los brazos cruzados en el fondo del escenario, precisamente en el momento en que Wotan llama a Loge, dios del fuego, para rodear de llamas la roca de Brunilda. Seguramente, el buen hombre estaba convencido de que no se le vería, por estar el teatro a oscuras, y que, no pudiendo distinguir nada él mismo, tampoco se advertiría su presencia. En ese momento no habían bajado aún del todo el cielo detrás de la roca de Brunilda, de manera que no sólo se veían algunas vigas del fondo, sino también una docena de pies en movimiento, pertenecientes a los tramoyistas, ocupados con los últimos preparativos. Pero estos pequeños defectos no pudieron desvirtuar la impresión general, ni tampoco fueron notados por la mayoría de los presentes.

El entusiasmo de los artistas era tan grande que se esforzaron en dar lo mejor de sí mismos. Casi todos ellos, hasta los coristas y comparsas, colaboraron gratuitamente. También la orquesta (los instrumentos de cuerda fueron dirigidos por el famoso Wilhelmi) prestó su concurso de forma desinteresada. Todos se habían trasladado a Bayreuth por su propia cuenta, impulsados tan solo por el anhelo de poder participaren ese acontecimiento artístico. Tampoco se produjeron divergencias de ninguna índole, excepto algunas agrias discusiones entre los adversarios de Wagner y sus admiradores en el Angermann, restaurante preferido por Wagner para sus tertulias. Tales rencillas terminaron con que los admiradores del maestro, inclusive yo mismo, optáramos por lo más simple; echar a la calle a los adversarios. En tales oportunidades hasta llegamos a pegarnos con los jarros de cerveza, por lo cual los wagnerianos recibimos el apodo de "schoppenhauer" (N. del T. Juego de palabras: "Schopp", jarro de cerveza; "hauer", el que pega; de esta combinación resulta el gracioso parecido con el apellido del célebre filósofo Schopenhauer).

En aquel entonces Wagner estaba, desde luego, sumamente ocupado. Al llegar el kaiser Guillermo I a Bayreuth, manifestó que le placería concederle una audiencia, mas Wagner se negó a ello bajo el pretexto de carecer de tiempo. A esto contestó el gentilhombre de cámara: "Entonces se lo tendría que ordenar en nombre de Su Majestad". Wagner

Associació Wagneriana. Apartat postal 1159. Barcelona 08080
[Http://www.associaciowagneriana.com](http://www.associaciowagneriana.com) info@associaciowagneriana.com

repuso, bruscamente, que en Bayreuth el Emperador no tenía nada que ordenar. Más tarde cambió de parecer, porque comprendió que la visita del anciano monarca, que no entendía gran cosa de la música, era una prueba fehaciente de la simpatía que éste demostraba por su tendencia artística. Así y todo no se realizó la audiencia.

Entre los concurrentes a las fiestas encontrábase también Don Pedro I, el emperador del Brasil, quien tuvo que abdicar trece años más tarde. Era un hombre muy instruido, gran amigo de las bellas artes y admirador de Wagner. Nadie pensó en recibirlo a su llegada, a pesar de que se le habían reservado algunas habitaciones especiales en el Palacio, por disposición del rey Luis II de Baviera. Don Pedro se trasladó en un simple coche hasta el hotel Sol. Donde por la noche se mezcló con el público como un huésped más, sin llamar la atención de nadie. Sólo yo lo reconocí, por haber sido informado al respecto en la estación. El Emperador, que dominaba el alemán a la perfección, conversaba animadamente con las personas que le rodeaban, muy contento, al parecer, de no tener que guardar etiqueta alguna. Era de muy buena presencia y se destacaba por su hermosa barba de patriarca. Al día siguiente, su nombre figuraba entre los demás en la lista de huéspedes. En la columna de "Profesión" había indicado: "Emperador", y en la de "Procedencia": "Brasil". Sólo entonces se fijaron en él y lo trasladaron al Palacio Real.

Venciendo innumerables dificultades, mi maestro Liszt me consiguió por fin las entradas para el ciclo de óperas de Wagner. Hondamente impresionado por las gigantescas impresiones recibidas, volví poco después a Berlín para iniciarme en mi empleo en el Conservatorio de Kullak.

(Texto de una carta dirigida por Kellermann a sus padres): Bayreuth, 20 de agosto de 1876.

Queridísimos padres:

Desde mi última he vivido tantas cosas maravillosas que no sé cómo empezar mi relato, de manera que me conformo con glosar las notas más interesantes de mi cuaderno de apuntes. Todo lo referente a las representaciones lo veréis descrito con amplios detalles en los diarios.

El martes pasado, al anochecer, paseando por la ciudad, me encontré con Liszt, quien me rogó que le acompañara a hacer algunas visitas. Me tomó del brazo y fuimos juntos. A las señoras Meyerndorff y Von Schleinitz me presentó como su "edecán". Después insistió en que fuera con él hasta su casa: pidió cerveza y la tomamos juntos del MISMO vaso! Como siempre, también se mostró infinitamente bondadoso, lamentándose repetidas veces por no poder llevarme a la primera representación. Luego, tocamos algunas cosas en su hermosísimo piano de cola, marca Steinway, Nueva York. Entre otras cosas, una nueva "leyenda" de Liszt, Santa Cecilia, a cuatro manos. A poco, se fué de nuevo, pero no sin indicarme que siguiera tocando con toda tranquilidad si esto me entretenía. Seguí media hora más en su casa, y cuando me dispuse a marcharme por el parque de la casa de Wagner, Liszt vino corriendo a mi encuentro, sin aliento, pero contento exclamando: " ¡Kellermann! ¡Kellermann! Una buena noticia: El barón von Meyerdorff parte esta misma noche y yo compré sus entradas para las dos últimas representaciones (Sigfrido y El Ocaso de los Dioses). Estas entradas son para tí". Al darle las gracias por haberse molestado él mismo y tan tarde, contestó: "Se duerme mejor cuando por la noche se recibe una noticia agradable". Como os podeis imaginar fácilmente, me sentí más que feliz por esta nueva bondad del maestro. El personalmente hizo todo el camino sólo para darme una alegría aquella misma noche, cuando lo mismo me hubiera podido entregar las entradas al día siguiente. ¡Es un hombre divino!.

El miércoles por la mañana me visitó el conde Enrique von Pappenheim, en compañía del joven conde Pückler, de Berlín. Me puso muy contento esta visita, y toqué algo para ellos, cosa que les gustó mucho. Después fui a casa de mi maestro para ayudarle a corregir una partitura.

Y por la noche, ¡Siegfried! De vuelta del teatro no pude cerrar los ojos, tan profunda fue la emoción que me causó la música de este gigante del espíritu que es Wagner. El entusiasmo crece día a día aquí, y las armonías de Wagner conjuran cualquier desarmonía que pudiese haber... El jueves, a las ocho de la mañana, estuve una hora a solas con Liszt, en su casa. Me preguntó con interés por mi salud, donde trabajo y como vivo en general. Sólo encontrándose sin testigos con el maestro es posible conocerlo en toda su grandeza. En el curso de la mañana me visitó el profesor Stern para ofrecermel el cargo de profesor a sueldo fijo en su conservatorio. Seré el único que goce de este privilegio. A mi llegada a Berlín estableceremos las condiciones detalladas de mi nuevo puesto.

A las cuatro de la tarde empezó "El Ocaso de los Dioses". ¡Maravilloso! Los que no se emocionen con esa música y con ese escenario, deben ser ciegos y sordos, ya que ambos impresionan hasta al ser menos sensible, llenándolo de hondo respeto hacia el creador de la obra, haciéndole vislumbrar la altura inaccesible que ocupa Wagner. Las aclamaciones no cesaban. Por fin se presentó Wagner ante el público, para agradecerlas, y dijo: "Ustedes han visto lo que quiero conseguir con mi arte; también han visto lo que mis artistas son capaces de hacer; lo que podemos hacer todos. Ahora bien, si también ustedes quieren apoyarnos en nuestro anhelo... hemos conseguido crear un arte nacional".

El viernes por la mañana estuve también en casa de Liszt. Me invitó a tomar parte en la gran cena de gala, ofrecida a Wagner, a las ocho de la noche. Antes de comenzar la comida, Wagner, hondamente conmovido, se dirigió primero a sus artistas, y después a los benefactores y todos los invitados, agradeciéndoles de todo corazón sus atenciones. Manifestó que en la víspera, muchos habían interpretado erróneamente sus palabras, creyendo que quería decir que ahora teníamos un arte gracias a él, cuando en realidad no había sido esa su intención. Deseando aclarar el malentendido, agregó: "En Alemania ha faltado, hasta la fecha, el arte nacional en el terreno de la ópera; es decir, un arte nacido del sentir más íntimo del pueblo. Francia e Italia han conseguido tener un arte puramente nacional, mientras que el nuestro estaba mezclado

Associació Wagneriana. Apartat postal 1159. Barcelona 08080
[Http://www.associaciowagneriana.com](http://www.associaciowagneriana.com) info@associaciowagneriana.com

con elementos de ambos países. Impulsado por mi deseo de purificarlo, he trabajado desde hace veinte años en este sentido, y con la ayuda de muchos amigos he logrado lo que me había propuesto, a pesar de tener que luchar contra la hostilidad de un sinfín de personas, empeñadas en ver en mí un fundador y mentiroso. Por tal razón me dirigí anoche a ustedes diciendo que hemos demostrado lo que somos capaces de hacer; ahora es tarea de ustedes y nuestra aprovechar los hechos. Si ustedes me siguen en esta aspiración, tendremos por fin un arte, un arte nacional... Yo procedo honradamente, tanto para con ustedes como para con el arte. Confíense, entonces, con toda tranquilidad a mí para que yo los conduzca".

Después habló el conde Apponyi, de Hungría, eligiendo, en forma de símbolo, el texto de los Nibelungos, de Wagner.

"Brunilda (el nuevo arte musical), estaba profundamente dormida sobre un peñasco, rodeado de una inmensa hoguera. El dios Wotan había encendido ese fuego, y sólo el esforzado caballero que no supiera lo que es el miedo ganaría a Brunilda para sí. Alrededor del peñasco había montones de cenizas y escorias (la presencia de elementos extranjeros en la música nacional). Entonces llegó el héroe incomparable, Richard Wagner, quien se había forjado una espada del material heredado de sus antepasados (los clásicos alemanes); con su ayuda traspasó el fuego para despertar con su beso a Brunilda dormida. Ella, al verlo exclamó: ¡Victoria! ¡Se ha hecho la luz y con ella, todos nosotros exclamamos : ¡Viva nuestro maestro Wagner! ¡Viva! ¡Viva! ¡Viva!".

Wagner estaba muy emocionado y alargó el brazo al orador. Después le entregaron una corona de laureles de plata, con la que tuvo que pasear a través de las filas de invitados. En cada mesa le saludaban con entusiastas aclamaciones. Al pasar a mi lado, como de vez en cuando se sacaba la corona, se la volvió a colocar, diciendo: Bueno, bueno, para que usted también me vea con ella puesta" y me tendió la mano con cordialidad.

Después volvió a tomar la palabra para decir: "Todo cuanto soy y he conseguido se lo debo a un hombre sin cuya ayuda no se conocería una sola nota mía, a un querido amigo que cuando me desterraron de Alemania, me

Associació Wagneriana. Apartat postal 1159. Barcelona 08080
[Http://www.associaciowagneriana.com](http://www.associaciowagneriana.com) info@associaciowagneriana.com

mostró a la luz del interés público sin preocuparse de sus propios intereses, con un completo olvido de sí mismo; fue el primero que me reconoció en el terreno de la música. A este amigo fidelísimo es a quien se debe el máximo honor. Se trata de mi noble amigo y maestro Franz Liszt".

Ambos se abrazaron, llorando. En la sala reinó un silencio absoluto; todos estábamos impresionados por la solemnidad del momento; nuestros dos grandes maestros se confundían en un estrecho abrazo.

Finalmente, estalló un júbilo sin límites, y yo estuve a punto, ante tan emotiva escena, de arrodillarme con la unción del que besa las gradas de un altar.

Todos sabíamos que ahora cuanto se le había escamoteado a Wagner en su vida privada, estaba olvidado. Fue el delirio cuando Liszt, pálido de emoción, pronunció, a su vez, estas pocas palabras: "Agradezco las expresiones de reconocimiento y permaneceré siempre fiel al amigo por el que siento el más profundo respeto".

Hoy domingo, Liszt me entregó una entrada, expedida por el Patronato, para las próximas cuatro noches. A las siete empieza El Oro del Rhin. Y ahora, mis queridos padres, ¡hasta la próxima! Recibid mil cariños de vuestro dichosísimo hijo, Berthold.

PS. Esta mañana fui también a casa de Liszt, quién no había vuelto aún; en cambio, llegó Wagner y charló conmigo en forma muy amable. (Hasta aquí la carta de Kellermann a sus padres)

En julio de 1878, Wagner se dirigió a Liszt para que éste le recomendara una persona que pudiera servir de profesor de piano para sus hijos y ayudarle al mismo tiempo en sus propios trabajos musicales. Liszt me recomendó a mí con las más calurosas palabras, y así obtuve el puesto, con casa y comida y un sueldo fijo mensual de setenta marcos. El 28 de setiembre de 1878, a mediodía, llegué a Bayreuth. –Kellermann tenía entonces 25 años–. Opté por descansar primero en un hotel y encaminarme a eso de las tres de la tarde hacia la villa de Wahnfried, donde encontré al señor y la señora Wagner

Associació Wagneriana. Apartat postal 1159. Barcelona 08080
[Http://www.associaciowagneriana.com](http://www.associaciowagneriana.com) info@associaciowagneriana.com

todavía sentados en la mesa tomando café. La señora Cósima me recibió con mucha amabilidad; Wagner, en cambio, preguntó algo irritado: "¿Por qué llega usted tan tarde? Lo hemos estado esperando para el almuerzo". Contesté que me había parecido inoportuno presentarme en una casa como la suya precisamente a la hora de la comida. Esta explicación pareció satisfacerlo; a su vez, se puso muy amable, y él mismo me acompañó a la pieza que se me destinó en la planta baja de la casita del jardinero, situada a la izquierda, delante de la villa. Le pregunté si podía empezar en seguida a trabajar en el arreglo para piano del "Parsifal", y él contestó: "Lo que usted debe hacer primero es apoltronarse a sus anchas y reponerse. Por ahora deje que Dios se encargue de Parsifal".

En mi habitación, sencilla pero cómoda y agradable, había un piano. Una mullida alfombra cubría el piso.

En la cena participaron también los niños. Wagner y la señora Cósima se mostraron excesivamente cordiales y bondadosos conmigo. A los pocos días empecé a impartirles las primeras lecciones a los niños, que hicieron rápidos progresos; sólo Siegfried mostraba poco interés por la música.

Durante mucho tiempo, accediendo al deseo de Wagner, diserté sobre temas relacionados con las Ciencias Naturales, dentro del más íntimo círculo familiar. Además de mis funciones en la casa, me encargué por iniciativa de Wagner, de la dirección de la orquesta de la Asociación de Músicos de Bayreuth. La capacidad de esta orquesta era bastante mediocre al principio. También di muchas lecciones de piano, por recomendación de la señora Cósima, en casa de altos personajes del Gobierno y varias familias de la nobleza. Fue de especial importancia para mí el haber tenido la suerte de despertar el interés del duque Alejandro de Württemberg, quien poseía un palacete, llamado "Fantasía", en los alrededores de Bayreuth. El duque Alejandro me trató con mucha afabilidad y acabó por decirme que para él significaba un placer escucharme, por revelar en mis ejecuciones nuevas bellezas melódicas que antes se le habían escapado. Al poco tiempo me ofreció el puesto de pianista en la Corte, el que acepté inmediatamente, con el

mayor placer. El Duque era un hombre muy instruído, y poseía, además, una vasta cultura musical. Su primera esposa, hija de Luis Felipe, había fallecido en circunstancias trágicas; al querer prepararse una taza de té, durante el viaje de bodas, acercose demasiado al fuego con su vestido de encajes, y en un segundo se vió envuelta en llamas. En el Palacio había un piano Erard, regalo de bodas de Luis Felipe a su hija. Aún no había sido abierto, y yo fuí el primero en ejecutar en él.

Una distracción favorita del Duque consistía en silbar por la noche las melodías de su juventud, en las cuales basaba yo mis improvisaciones al piano, que él acogía con incontenible satisfacción.

Sólo en los primeros tiempos de mi estada en Bayreuth viví en la casa de Ricardo Wagner; más tarde, conforme al deseo del Duque, me alojé, durante dos veranos seguidos, en un hotel de su propiedad, situado muy cerca del castillo. En invierno, el Duque se trasladaba a la ciudad, pero ordenaba alquilar entonces para mí una hermosa habitación en la vecindad.

En esa hermosa época de mi vida que pasé cerca del Duque se produjo un acontecimiento que influyó definitivamente en mi destino. Un buen día, un tal Barón von Freiesleben, llegó con su hija a la mansión del Duque, y encontrose allí tan a gusto que resolvió quedarse durante algún tiempo. Era muy amigo de la música y gran conocedor de Bach. Su hija también tocaba el piano, además de cantar.

Cierta vez, oyeron que yo tocaba en mi pieza, y con tal motivo el Barón mandó preguntarme si le permitiría a su hija practicar el piano en mi ausencia. Este fue el principio de nuestras relaciones personales. Algunas veces ejecuté algunas piezas en presencia de ambos, y al cabo de una semana yo estaba en amores con la joven baronesa. Su anciano padre no salía de su asombro cuando solicité la mano de su hija, opinando que mi proceder era demasiado impulsivo y que sería prudente conseguir antes una posición segura. Resolví pues, buscar sin demora un puesto fijo, motivo por el cual regresé a Nuremberg en 1881.

Durante el tiempo que pasé en Bayreuth, primero en casa de Richard Wagner y luego en la del Duque, perfeccioné mi estilo y organicé representaciones en el viejo teatro de la Opera del Margrave, estrenando obras sinfónicas (con la orquesta de la Unión Orquestal y el coro del Orfeón de los maestros de escuela), y también óperas, como, por ejemplo: "Der Freischütz", "Preziosa" y otras. Durante la representación del "Freischütz", el que tenía a su cargo el papel de Max quedó de repente afónico. El director propuso hacer recitar el papel por un buen actor; pero éste no lo hizo por intuición propia, en el sentido melodramático, sino que trató de adaptarse en todo al ritmo de la música, lo cual dió lugar a una increíble desfiguración lingüística.

Otra vez, en ocasión de un concierto de beneficencia que organicé junto con varios solistas, para los damnificados del incendio de Donaustauf, colaboró también un niño prodigio: el pequeño Daugremont, de once años de edad.

Mi trabajo relacionado con la transposición del "Parsifal", pronto tocó a su fin. Antes de mi llegada, Wagner había tenido a su lado a Joseph Rubinstein, uno de los auxiliares más fieles y devotos. Al llegar yo a Bayreuth, Rubinstein acababa de partir; pero, cuando hacía cerca de un mes que yo trabajaba en aquel arreglo para piano, volvió mi antecesor, y Wagner lo hospedó de nuevo en su casa. Con esto, "Parsifal" pasó a manos de su ayudante anterior. Evidentemente, Wagner procedió impulsado por la compasión, puesto que Rubinstein era un hombre enfermizo que acabó por suicidarse. Supongo pues, que Wagner había dispuesto, desde un principio, que yo me encargara exclusivamente de la educación musical de los niños, ayudándolo sólo de vez en cuando en la correspondencia y en la copia de "Parsifal". Entregué a Rubinstein el resultado de mi trabajo y éste terminó la partitura. Más tarde fue Klindworth quien confeccionó una nueva partitura abreviada de la misma, después de haber hecho las versiones para piano de otras obras del maestro.

El caso Rubinstein (judío) demuestra que el antisemitismo de Wagner no se dirigía contra el individuo, sino contra la raza como tal, en especial contra la música hebrea. Odiaba a Meyerbeer por estar íntimamente convencido de que

todo cuanto los judíos producen en la música es opuesto a la manera de sentir de los pueblos occidentales, por cuya razón debía combatirse.

En el fondo de su corazón, Wagner era bondadoso y compasivo. Con especial consideración y cariño trataba a sus animales. Sus dos perros grandes se llamaban "Narke" y "Brange"; un majestuoso gallo que le pertenecía, podía enorgullecerse del apodo de "Lohengrin". Muy cerca de su propia sepultura se halla otra más pequeña, cubierta por una piedra con la inscripción: "Aquí decansa y vigila Russ, de Wagner".

La lucha de Wagner contra la vivisección es un hecho conocido. Mientras yo estaba en Villa Wahnfried, el maestro se hizo vegetariano durante algún tiempo, por lamentar la necesidad de sacrificar animales para satisfacer el apetito de los humanos. En efecto, la cocina en su casa fue estrictamente vegetariana durante semanas enteras, hasta que Wagner admitió cierta vez en la mesa: "¡Esa maldita comida a base de pasto ya no le permite a uno concebir una sola idea razonable!".

Este incidente se produjo en momentos en que algunas partes del "Parsifal" le ofrecían grandes dificultades. Acostumbrado a comer alimentos sustanciosos, su naturaleza se resintió con el cambio demasiado brusco del régimen alimentario. Desde aquel día se volvió a servir carne en la mesa. Sin embargo, algunos de sus amigos y admiradores siguieron cultivando el vegetarianismo, al menos en apariencia. En cierta oportunidad atrapé a uno de esos fanáticos admiradores de Wagner y vegetariano riguroso en una fonda muy apartada a orillas del lago Walchen, en compañía de su esposa; ambos estaban ocupadísimos en saborear un tierno pollito asado. Confundido al verse descubierto, el hombre se disculpó pretextando que la dueña de la fonda tenía desde muchos años atrás, la costumbre de invitarlos con el objeto exclusivo de hacerles probar sus pollos asados. Este comportamiento es característico de cierta clase de "vegetarianos" que imitaban ciegamente cuanto hacía el maestro. Esta actitud, lejos de favorecer una causa digna y hermosa, sólo consiguió perjudicarla.

Wagner gustaba de la compañía de la gente muy sencilla. Fue muy bondadoso para con sus sirvientes, sus lacayos y su jardinero, tratándolos amistosamente y teniendo siempre una palabra amable para cada uno de ellos. Al anochecer, concluída la tarea, acostumbraba a ir conmigo a la popular cervecería Angermann para salpicar la amena charla con unos vasos de cerveza. Albergaba la ilusión de que la cerveza provenía del famoso "Weihenstephan", mientras que en realidad, la fabricaba el hermano de Angermann, en la pequeña ciudad de Hof. Wagner siempre tenía un pequeño barril de la misma en su casa y convidaba a sus invitados con "legítima cerveza del Weihenstephan". Sus proveedores lo engañaban con frecuencia, pues él se desentendía del prosaico toma y daca de todos los días. Recuerdo que un queso "Emmenthal" le gustaba sobremanera por la sencilla razón de que lo creía procedente de Londres, una argucia más de su vendedor.

Al insinuarle yo cierta vez que los quesos en cuestión podían adquirirse más frescos y baratos en Allgäu, lugar de su fabricación, me contestó en forma airada: "Querido amigo, de esto no entiende usted nada. Es precisamente el viaje por mar el que confiere a este queso su sabor especial". Sin embargo, yo tenía mis razones para estar convencido de que el queso en cuestión no había visto jamás ni Londres ni el Mar del Norte.

La señora Cósima siempre trataba a su esposo con la máxima habilidad, pasando por alto sus múltiples particularidades, aún cuando éstas no eran en absoluto de su agrado. El maestro fumaba y tomaba rape en presencia de su esposa, quien jamás se había permitido hacer la menor objeción, a pesar de que le molestaba ese hábito. En cambio, a mí me reprochó, al presentarme en la mesa, el olor a tabaco de mi chaqueta. Contesté que, no disponiendo de más de una pieza, era inevitable que la ropa se impregnara, fumando yo tanto como fumaba. A esta explicación se limitó a observar: "Entonces usted tendrá que dejar de fumar. ¡No faltaba más!---". Wagner, que presenciaba la escena, no dijo una palabra. Desde luego, yo me sentí muy incómodo a consecuencia de lo ocurrido; pero, después de la comida, el maestro entró en mi pieza con un puñado de cigarros habanos en la mano, diciendo: "Siga usted fumando con toda tranquilidad, mi amigo, puesto que yo también fumo". En presencia de su

esposa no se había atrevido a hacer esta observación. Por lo demás, la señora Cósima no volvió a mencionar el olor a tabaco; primero porque siempre me trataba con extraordinaria bondad y gentileza, y después porque había notado que Wagner se molestaba cuando ella me reprendía.

La señora Cósima sabía alejar todas las visitas molestas que llegaban impulsadas por la curiosidad de ver al famoso compositor. Como es natural, este procedimiento le creó numerosos enemigos, sobre todo en las esferas de la llamada "alta sociedad". Cierta vez, Wagner me manifestó en la cervecería Angermann que se daba perfecta cuenta de lo que significaba para él esa maravillosa mujer y que jamás podría devolverle en agradecimiento todo lo que ella hacía por él.

En el trato con su familia, Wagner empleaba una amabilidad encantadora. Veneraba a su esposa en grado máximo, tal como ella lo merecía.

Las sobremesas en el seno de la familia eran siempre interesantes. Por regla general, no había nunca más que uno o dos conocidos. Wagner leía en voz alta, con maravillosa expresión, sin el menor rastro del famoso acento sajón que tan a menudo se le atribuía. Elegía las obras más diversas, tanto de las modernas como de las más antiguas, inclusive tratados de filosofía y de historia. Entre otras cosas le he oído leer obras de Ludwig Feuerbach y Friedrich Nietzsche. En concordancia con Nietzsche, y a pesar de haber creado el "Parsifal", cántico de la piedad, Wagner era contrario a que se prestara ayuda a personas que ya no tenían salvación o a aquellas para las cuales una ayuda temporaria hubiese sido más perjudicial que útil. Después de la publicación del libro de Nietzsche "Cosas humanas demasiado humanas", Wagner evitó volver a mencionar su nombre. Guardó un silencio absoluto acerca de su ruptura espiritual con el filósofo, cosa que únicamente solía hacer cuando algo le resultaba profundamente doloroso.

De cuando en cuando, Wagner sacaba de su biblioteca partituras de óperas antiguas, por ejemplo el "Vampiro" de Marschner o "Zar y Carpintero" de Lortzing. A pesar de ser en el fondo un mal pianista, sin técnica alguna,

Associació Wagneriana. Apartat postal 1159. Barcelona 08080
[Http://www.associaciowagneriana.com](http://www.associaciowagneriana.com) info@associaciowagneriana.com

reproducía con habilidad verdaderamente genial las partes musicales y dramáticas de la ópera que le interesaba. Cantaba, no sin defectos técnicos, pero con máxima expresión y vivacidad, los diferentes papeles. En una palabra, reproducía con tanta maestría las partes esenciales de la partitura que el auditorio recibía una impresión muy por encima de las mejores representaciones dramáticas de aquellos tiempos. En tales ocasiones solía correr de un extremo a otro de la habitación, gesticulando vivamente con brazos y manos.

Wagner solía vestirse con sencillez, pero con gusto. En su casa llevaba siempre su famoso gorro de terciopelo y una chaqueta del mismo género, forrada en seda. Durante el día nunca lo he visto envuelto en el batín del que tanto se ha hablado. La mesa estaba puesta con gusto; las comidas eran tan excelentes como abundantes. En el transcurso de las mismas, Wagner charlaba en forma muy amena en su dialecto sajón, que, por lo demás, no era nada exagerado. En todo momento impresionaba como persona culta y de fácil expresión, a pesar de que a veces se abandonaba algo dentro del círculo familiar.

Cuando, en ocasiones, trataba a alguien con brusquedad, con razón o sin ella, o cuando ofendía con palabras irreflexivas y violentas, se esforzaba en reparar el daño en el menor tiempo posible. Como ya he dicho, dejábase guiar en todo por sus diferentes estados de ánimo, sin tener en cuenta la impresión que sus palabras causarían en los demás. Al comprender después que había incurrido en un exabrupto, no tenía reparos en disculparse con toda franqueza.

Cierta vez —estando en la mesa—, oímos una fuerte explosión, al parecer procedente de la cocina. Wagner me gritó: "¡Vaya a ver, amigo, lo que pasó!". Yo me precipité fuera y en seguida advertí que ardía la chimenea. La servidumbre corría de un lado a otro, presa de espanto; yo, en cambio, me apoderé de un trapo mojado, subí al tejado, bastante plano, de la casa y desde allí tapé la chimenea con un trapo, de manera que pronto se apagaron las llamas. Con el calor infernal que hacía, transpiré mucho y me cubrí de hollín. Al bajar la escalera encontré a Wagner que subía para examinar los efectos del

incendio. Viéndome en tal estado, exclamó: "¿Qué significa esto? Parece un deshollinador con esta facha.¿Acaso lo he empleado para tareas de esta índole?." Contesté con mucho aplomo: "Maestro, la chimenea se había incendiado y yo apagué el fuego. Desde luego, no era posible hacerlo sin ensuciarse". A esto, el maestro observó: "¿Por qué no me lo dijo enseguida?". "Por que usted no me dió tiempo para hacerlo". Entonces sonrió con gran sinceridad: "Tiene usted razón; perdóneme".

En otra ocasión se celebró una gran soiré en casade Wagner. En el curso de la misma, el maestro dijo, dirigiéndose a mí: "Ahora le toca a usted, amigo, hacernos escuchar algo muy tonto de su venerado maestro Liszt". Como en aquel momento yo estaba acostumbrado a adivinar sus intenciones, contesté, atrevido: "Si usted se empeña en que sea algo tonto, maestro, podría interpretar una de sus propias obras". "¡Bravo, así me gusta!", exclamó Wagner riéndose muy regocijado. Toqué varias piezas, entre ellas una rapsodia de Liszt. Al terminar, la señora Cósima me dió las gracias, y al mismo tiempo Wagner me estrechó la mano. "Esto lo tocó usted maravillosamente bien, mi joven amigo".

Con toda franqueza declaré que había omitido el final de la rapsodia, por estar colocado el magnífico piano de cola "Steinway", separado del público por una cortina, por lo cual las escalas del final no hubiesen alcanzado todo el brillante sonido que las caracterizaba. Wagner se encolerizó al oír esta observación. "¿Acaso se ha creído que yo voy a comprar un piano especial sólo para usted? ¡Ustedes los pianistas son esclavos de sus mecanismos, son unos bueyes, unos burros!".

En ese tono siguió durante algún tiempo, mientras se paseaba a grandes pasos de un extremo a otro de la sala, gesticulando exageradamente; todo esto en presencia de numerosos invitados, pertenecientes a la más alta sociedad de Bayreuth: el presidente del Consejo, los generales y demás altos empleados con sus damas, entre las cuales figuraban muchas alumnas mías. Acompañé a Wagner en sus locas carreras por la sala y, después de escuchar su último insulto, le pregunté con toda tranquilidad: "¿Ha terminado, maestro?". En esto,

la señora Cósima se interpuso entre ambos, seguramente impulsada por el temor de que yo irritaría más aún a su esposo, y me ordenó: "¡Cállese, señor Kellermann". "Señora –repuse–, cuando dos hombres tienen que resolver un asunto, son las mujeres las que deben callarse". Wagner se me acercó aún más, asintiendo, en voz baja: "Tiene usted razón, amigo" para seguir después, levantando nuevamente la voz: "Ustedes, los pianistas, son esclavos de su mecanismo, son unos bueyes, unos burros", etc.

Indignado, abandoné el salón para dirigirme a mi cuarto y escribir una larga carta a mi maestro Liszt, informándolo de lo sucedido, y de mi firme decisión de dejar la casa de Wagner, al día siguiente. Fumé un cigarro tras otro, hasta que apenas podía distinguirse un sólo objeto en la pieza. De repente se abrió la puerta, y se oyó la voz de Wagner, inquiriendo: "Pero, ¿dónde se ha metido, amigo? Ya no se le ve de tanto humo. Al parecer, usted se ha disgustado una vez más conmigo por alguna razón".

"En efecto, maestro –contesté–. Usted acaba de dejarme en situación tan desairada ante mis alumnas y el resto de los invitados, que yo, para no pecar de grosero, preferí retirarme a mi habitación". Cuando, reconciliado por la amabilidad de Wagner, intenté disculparme por lo sucedido, me dió un apretón de manos: "El ofensor es el único que debe disculparse. En este caso me toca a mí, Pero usted toma demasiado a pecho cosas que se han dicho sin mala intención. Ahora venga conmigo. ¡No ha comido nada todavía", y, tomándome del brazo, me llevó al salón, donde me sirvió con sus propias manos un plato repleto de los más finos manjares, además de una copa de vino. Desde luego, estuve muy emocionado y hasta volví a tocar el piano. Mientras tanto había llegado la medianoche y sus invitados comenzaron a dispersarse. Yo también regresé a mi pieza, pero poco después volvió a aparecer Wagner con dos vasos y una botella de champagne en el bolsillo interior de su chaqueta de terciopelo. Con la mayor cordialidad se sentó a mi lado y brindó y charló conmigo tan amablemente como si nada hubiese ocurrido.

El maestro componía durante sus paseos, en la cama, en todas partes. Todo cuanto su espíritu proyectaba, lo ensayaba primero en el piano y después

lo fijaba por escrito. A menudo cavilaba largo rato sobre determinado pasaje, sobre todo cuando compuso el "Parsifal". Cierta vez vino a visitarme después de haber tocado repetidas veces el mismo pasaje exclamando: "¡Por favor! Muéstreme la posición de los dedos en el tono de do mayor. ¡No puedo seguir por no encontrar la transición!".

Desde luego esto, esto era sólo una broma, en realidad, deseaba consultarme acerca de un serio problema musical.

Wagner tenía la costumbre de leer "La Gaceta" de Bayreuth durante la comida. Con el mayor interés seguía día a día hasta la vulgar novela de diario, publicada en interminable folletín. Cierta vez me pidió que me pusiera en comunicación con un redactor del diario, conocido mío, para solicitarle por unas horas el manuscrito de la nueva novela, a fin de poderla leer entera. "Esto de las continuaciones me impacienta demasiado", comentó. Inmediatamente me puse en camino para tratar con el redactor, pero éste se negó rotundamente a hacer excepciones, aunque se tratara de un genio como Wagner: "No puedo hacerlo, porque entonces cualquier persona tendría derecho a pedirme lo mismo", fué su única respuesta. Al regresar con las manos vacías, Wagner se indignó muchísimo porque no habían querido satisfacer un deseo tan isignificante.

Cierta vez, "La Gaceta" trajo la noticia de un siniestro debido a un incendio en un pueblo no lejos de Bayreuth; una pobre aldeana había perdido su casa y la única vaca que poseía. Wagner me hizo levantar de la mesa e ir corriendo al correo para averiguar por vía telegráfica cuánto valía la vaca perdida. "¡Hay que ayudar a la pobre campesina!". Resultó que el pueblecito en cuestión no tenía ninguna oficina de telégrafos, de manera que me ví obligado a gastar tres marcos en un mensajero. De vuelta a a casa, Wagner quiso sber enseguida el resultado de mis gestiones, y le informé. "¡Es usted un pícaro! –me gritó Wagner enfurecido—. ¿Se ha creído que tengo dinero para tirar? ¡Tres marcos! ¿Acaso le he pedido un mensajero especial? ¡Jamás se me hubiera ocurrido semejante disparate! Por lo tanto, no le debo nada". Poco después llegó la noticia de que la vaca valía cien marcos. Al punto, Wagner hizo girar

esa suma por medio de su banquero. Más tarde resultó que ni se había producido un incendio, ni había perecido la única vaca de la campesona, pero nadie devolvió los marcos al maestro, ni éste a mí los míos. Parecía haberse olvidado por completo de la deuda.

Wagner se resistía a respetar disposiciones y prescripciones gubernamentales cuando éstas perjudicaban alguna de sus ocupaciones predilectas. Por ejemplo, le gustaba mucho vagar por los bosques con su enorme perro, pero siempre andaba cazando. Por esta razón, el inspector de bosques le escribió un día a Wagner recordándole la orden estricta del Gobierno de llevar a los perros atados al transitar por aquellos. Al mismo tiempo expresábase su sentimiento por no poder hacer una excepción para con el señor Wagner por consideración a los demás dueños de perros y porque, además, los perros ahuyentaban a los pocos animales silvestres que quedaban. Esta carta lo llenó de indignación. En vano traté de calmarlo, arguyendo que tales prescripciones servían para el mantenimiento del orden público, debiéndose someterse el individuo a ellas por esta razón. "¡Pero no Yo!" –gritó Wagner furioso–. Soy yo quien ha hecho de Bayreuth una ciudad famosa. ¡No faltaría más que ahora viniesen a molestarme con triquiñuelas!". Siguió sin hacer caso de las prescripciones, hasta que su perro mató una liebre. Con este motivo, el inspector de bosques volvió a escribirle con mucha cortesía, anunciándole que muy a pesar suyo se vería obligado a hacer uno de los recursos que para tales casos preveía la ley si el señor Wagner no se avenía a llevar su perro atado en el futuro. Wagner contestó con la concisa pregunta: "¿Cuanto vale la liebre?" Entonces el inspector le envió a un guardabosques para advertirle que si se hallaba otra vez el perro del señor Wagner suelto en el bosque, se dispararía sobre él. Esta amenaza indignó profundamente al maestro, y no me fue posible convencerlo de que el inspector no había hecho más que cumplir con su deber (1).

El hecho es que Wagner reclamaba para sí una posición superior, intangible, dentro de la familia humana, convencido como estaba de que era un hombre excepcional. Por el contrario, Liszt se mostraba siempre en extremo modesto y no hacía alardes de su personalidad. Sólo cuando alguien trataba de

irrumper impunemente en lo más íntimo de su ser, solía fulminarlo con una mirada. Wagner se sentía vivamente herido cuando alguien dejaba de tratarlo con el debido respeto, mientras a Liszt le tenía sin cuidado que no se reconociera su grandeza. Wagner dependía también en esto de su momentáneo estado de ánimo. Yo mismo me he podido convencer de ello en un caso muy característico. El maestro había llegado a odiar profundamente a un empleado de Bayreuth que no lo había saludado en la calle, por sospechar que tal conducta se debía al deliberado propósito de mostrarle menosprecio. El empleado, al enterarse de esta reacción, mostrose muy apenado por haber ofendido al gran Wagner sin quererlo, pues en realidad no lo saludó porque no había advertido su presencia, y corrió a disculparse a casa del maestro, pero éste se negó a recibirlo. Poco después, el empleado en cuestión fué víctima de un grave accidente y tuvo que jubilarse, quedando reducido a vivir con una pequeña pensión que apenas alcanzaba para mantener a la familia. Al enterarse Wagner de esta tragedia, me dijo: "¡Pobre diablo! ¡Quién sabe si dejó de saludarme a propósito o si verdaderamente no me ha visto aquella vez! En todo caso hay que ocuparse de él ahora". Y fue el mismo Wagner quien visitó al enfermo y le ayudó durante mucho tiempo, según llegué a saberlo por mera casualidad.

En el trato con la gente del pueblo, Wagner no se mostraba nada orgulloso. En la cervecería de Angermann solía conversar con artesanos y obreros, haciéndolos a menudo objeto de bromas. Nunca le ofendían las respuestas ocurrentes, y se sentía muy satisfecho cuando descubría rastros de originalidad en sus interlocutores. El mismo era muy aficionado a las bromas inofensivas. Cierta vez, por ejemplo, en ocasión de una de las grandes tertulias efectuadas en su casa, se presentó a sus huéspedes con un kepis de general y empuñando un sable.

Otra vez asistí con él a una representación de una parodia de "Tannhäuser" de Binder, con el título "La pelea en la Wartburg". Wagner se divirtió mucho, declarando después que raras veces en su vida había reído tan de corazón.

La célebre casa Esty le regaló al maestro un maravilloso órgano de salón para su villa Wahnfried. En este órgano tocó, para sus invitados, la famosa canción nupcial de Freischütz, de Carl Maria von Weber. El efecto fue desastroso, en vista de que ni la melodía era adecuada para el instrumento ni Wagner sabía tocarlo. Tiempo después, la firma le comunicó que la emperatriz Augusta deseaba adquirir un órgano de esa clase para una nueva iglesia, pidiendo el concurso de una persona autorizada, y que, por lo tanto, la casa se dirigía al maestro para solicitarle el certificado correspondiente. Wagner me hizo contestar que él no era competente en cuestión de órganos; pero yo, por mi cuenta, modifiqué el texto, escribiéndoles: "El maestro Wagner lamenta muchísimo no poder facilitarles el certificado requerido por no creerse competente para ello. En cambio, tengo el gusto de hacerles llegar la opinión favorable de mi maestro Liszt, al mismo tiempo que la mía propia", etc.

Esta contestación, dió motivo a una efusiva de agradecimiento por parte de la fábrica de órganos. Algún tiempo después, Wagner se acordó del asunto, y yo le informé que la firma había respondido a su carta con calurosas palabras de gratitud. "¿Cómo es posible?. Qué es lo que usted ha escrito entonces?", preguntó asombrado. "Exactamente lo que usted me encargó que escribiera, maestro; que usted no era competente en ese asunto". Una vez más se encolerizó: "¡Pero esto es el colmo de la impertinencia!", y siguió dando rienda suelta a su irascibilidad.

Una vez nos hemos reído mucho en la mesa. Los albañiles habían empezado a construir una puerta, que se vió quedaba torcida. Wagner les advirtió con toda calma: "¡Pero... hijos míos! Eso no está derecho, eso va a salir torcido... ¡eso no vale nada!". Y cuando los albañiles continuaron trabajando sin hacerle caso, se excitó cada vez más, hasta gritar con voz de trueno: "¡Sois unos burros, unos bueyes, todos juntos!". La señora Wagner le llamó después la atención sobre el hermoso crescendo que sus gritos habían alcanzado, y toda la ira del maestro desapareció en la carcajada general. En asuntos de dinero, Wagner se comportaba como un niño. Para Navidad de 1878 hizo venir por su propia cuenta a toda la orquesta de la corte de Meiningen, con el fin de

hacerle ejecutar, en el día del natalicio de su esposa, el Preludio de Parsifal y la Octava Sinfonía de Beethoven. La Octava era una de sus sinfonías predilectas.

Es absolutamente falsa la creencia de que Wagner no haya tenido respeto y aprecio por sus grandes antecesores de la música. Por el contrario, sentía una profunda admiración por Bach, Beethoven y otros. Al referirse al "Fidelio" de Beethoven, dijo repetidas veces que lo consideraba una obra maravillosa, pero lo más grande era la obertura, que por sí sola representaba un drama impresionante. Como músicos dramáticos admiraba en especial a Carl Maria von Weber y Glück. Prueba de ello es lo que escribió de este último.

Cósima era, en verdad, el genio tutelar de Wagner. Liszt, su padre, hablaba de ella en sus cartas con mucha admiración, señalando siempre la enorme influencia que ejercía sobre su esposo. Su nivel espiritual era tan elevado que este factor tuvo ya una fuerza decisiva en el primer encuentro de Cósima con Wagner. Ella era la luz en la vida del maestro, la que le guió hasta el fin de sus días. Fue el contacto espiritual con esa mujer excepcional el que permitía que sus fuerzas artísticas pudiesen alcanzar su máxima evaluación, y el maestro se lo agradecía con un cariño tan tierno como respetuoso. Cuando ella se encontraba indispuesta, Wagner le solía llevar personalmente la comida a la cama.

Cósima era siempre buena y justa para con la servidumbre, pero al mismo tiempo majestuosa e inaccesible como una soberana. Su elevada cultura corría pareja con su parte, que en todo momento era el de una gran dama.

Sin la colaboración de Cósima, no se hubiera seguido la fiesta anual en Bayreuth, con motivo de la representación del ciclo de óperas de Wagner, después de la muerte del maestro. Todos los amigos y admiradores entusiastas de Wagner, por fieles que fuesen, sólo representaban, por decirlo así, el cuerpo, la materia del movimiento wagneriano; ella era su alma.

En cuanto a mi persona, tengo que señalar que Cósima me trató siempre con exquisita amabilidad, especialmente en épocas posteriores.

Después de la muerte de Wagner ella me consideró un amigo íntimo de la casa. Cuando en el verano de 1924, volvió a celebrarse el Ciclo de Bayreuth, por primera vez después de la Guerra Mundial, fuí yo el único invitado recibido por ella, excepto la fidelísima Marie Lipsius (La Mara). A despecho de sus ochenta y siete años, Cósima había conservado una extraordinaria lucidez espiritual, y en nada había decaído su interés en los problemas de actualidad. Hasta asistió al primer acto de "Los Maestros Cantores". Tuve la suerte de poder pasar tres cuartos de hora a su lado, mis manos en las suyas, y juntos reímos y lloramos al hablar del pasado, el presente y el porvenir.

(*) El hijo de Kellermann, Hellmut nos explica que "Berthold Kellermann descendía de una familia aficionada a la música desde hacía muchas generaciones. Su abuelo paterno, un sencillo campesino tocaba varios instrumentos de viento y de cuerda". También su madre se dedicaba a la música. Berthold Kellermann nació el 5 de marzo de 1853 en Nuremberg y falleció el 14 de junio de 1926. Fue un prestigioso pianista, así como director de orquesta, organizador de eventos musicales, profesor, etc. y todo eso en una Alemania que rebosaba de grandes músicos a todos los niveles. Los presentes recuerdos que ahora publicamos, no pretenden ser historia exacta y documentada, son simples recuerdos y puede haber en ellos inexactitudes, pero constituyen un documento muy interesante para conocer la vida privada de Wagner.

(1) N.del E. Es curioso que las administraciones públicas nunca hacen nada por los perros excepto poner disposiciones para controlarlos. En definitiva si se pretende proteger la naturaleza, un perro suelto corriendo por el bosque, debería formar parte de la misma, pero ya en época de Wagner, y también ahora, se les obliga a ir atados, pese a que todos los otros animales del bosque se les respeta y no se dispara sobre ellos por no ir atados.